

Capítulo 40 - El practicante - El último Orellen

- Capítulo 40 - El practicante - El último Orellen

Capítulo 40 - El practicante - El último Orellen

Mucho después de que Kalen regresara a la ciudad, Yarda volvió del Enclave de Acress con un ánimo excelente. Aunque no había visto al hechicero, le agradaron las otras sanadoras que había conocido. No lograron curarla por completo, pero sí hicieron algo para reducir la terrible hinchazón en sus piernas y brazos. Se suponía que debía regresar en dos semanas, cuando el hechicero Nigel podría estar disponible.

Kalen sintió alivio por ella. Y también sentimientos encontrados.

Cuando ella preguntó por qué no quería quedarse en el Enclave a pesar de lo emocionado que había estado antes, él mintió. Le dijo que, tras estudiar muchos libros en una de sus bibliotecas, había comprendido que su mejor uso era concentrarse en los textos que ya tenía.

No tenía motivos para dudar de él, ya que, justo cuando lo decía, él yacía en el suelo de su habitación compartida, haciendo notas en un trozo de papel marrón que la Magia del Viento Rápido había envuelto.

Solo intentaba distraerse. La magia siempre había sido un buen refugio.

Pasaron los días.

Kalen estudiaba.

Cada vez que salía de la posada, intentaba no fijarse en las muñecas de los niños que veía en las calles. Pero no podía evitarlo.

Por doquier, alguien llevaba una de esas pulseras de cuero que demostraban que no eran hijos o hijas de Iven Orellen.

Lo odio, pensaba Kalen, mientras atravesaba la bulliciosa plaza principal de la ciudad en una fresca madrugada rosa.

Mantén un apretado control sobre su bolso. Alguien había intentado robarle justo ayer. Una niña de su edad intentó acercarse por detrás y deslizar la mano en su bolsa. Era rápida y silenciosa, y tenía los dedos sobre una de sus banderas de seda antes de que él se diera vuelta y la agarrara por el brazo. Le gritó y le deseó que Veila la derribara con una piedra de su poderosa honda.

La gente había mirado. La niña arañó con sus uñas la parte trasera de su mano y salió corriendo en pánico.

Kalen apenas notó los rasguños que ella le había dejado. Estaba demasiado ocupado recordando la sensación de la pulsera de cuero bajo su palma. Por supuesto, la ladrona la llevaba puesta. Normalmente, eran los niños más pobres los que las usaban.

Solo uno de cada cinco niños las llevaba. Y aunque casi nunca las veía en las muñecas de jóvenes bien vestidas, cuando ocurría, parecían exhibirlas con una prominencia inusual, como si fuera un motivo de orgullo. Incluso había visto a unas hermanas que decoraban las suyas con charms de perlas.

No sabía exactamente qué significaba todo aquel asunto, y temía preguntar a alguien.

Uno de cada cinco no es tantas cosas, pensó mientras su mirada recorría la plaza. Uno de cada cinco es menos de la mitad.

Sus propias muñecas desnudas no llamaban la atención, porque la mayoría de los niños no tenían pulseras. Se repetía esa idea una y otra vez. No se permitiría destapar sus paquetes con las nuevas ropas todavía. No había razón para hacerlo solo porque la tía Jayne las hubiera confeccionado con mangas más largas.

Odio a Iven Orellen. Odio también a su esposa Atra.

Finalmente, había aprendido su nombre. Ocurrió durante una conversación susurrada que escuchó mientras comía estofado de carne con Yarda junto a la cálida chimenea de la posada.

Iven y Atra. Señor y Lady Orellen, los padres de un mago profetizado para ser el más grande en todo el primer mundo.

El mago era un ser de un poder tal que, según susurros, cambiaría todo el continente. Se decía que su existencia estaba protegida por personas como Kalen... aunque los no practicantes que mantenían la conversación parecían no entender exactamente cómo el adoptarse los cadáveres por parte de los Lord y Lady hacía eso posible.

Kalen tenía una idea más clara. Zevnie había mencionado que las personas que hacían hechizos de adivinación a larga distancia para los Orellen tenían dificultades, y que cuando lograban encontrar a alguien, solía ser uno de los falsos. La cola del lagarto, que se movía nerviosa, buscaba distraer al cazador.

Odio a Hamila de la Linterna, pensó. Ella debería ocuparse de sus propios asuntos. El hecho de que incluso los dioses no la apreciaran debería haber sido suficiente para señalarle que debía guardar sus estúpidas profecías para sí misma.

Si unos cuantos dioses hubieran descendido del cielo para decirle a Kalen que dejara de hacer una cosa, él la habría abandonado sin dudar.

En la plaza, esquivó un carrete lleno de barriles de sidra y cerveza, y poco después, vio a una anciana intentando levantar un toldo en una esquina del puesto. No parecía contar con ayuda, y le recordó a Nanu. Él sabía que eso no significaba mucho, pero le provocaba sentir que ella sería

menos propensa a ofenderse por su petición que otras personas.

Era día de mercado en el Puerto de Granslip, y en unas horas, los puestos estarían listos, y la multitud se llenaría con gente de toda la ciudad y del campo circundante. Kalen había decidido que era el lugar perfecto para probar su nuevo hechizo. La pareja que administraba la posada seguramente no apreciarían que los espíara, pero en un mercado concurrido, la gente debería esperar que sus conversaciones fueran escuchadas, ¿verdad? Y con tanta gente pasante, nunca tendría que preocuparse por si fallaba el hechizo o simplemente no había nada que escuchar.

Se acercó a la anciana y le ofreció ayudarla a montar su puesto. Tenía la piel pálida y arrugada, y ojos marrones hundidos, y parecía desconfiada hasta que finalmente admitió que quería algo a cambio.

Yo la habría ayudado a montarlo de todos modos, pensó, luchando con el soporte del toldo. Todo en la ciudad era tan diferente de su hogar.

Los puestos del mercado en los bordes de la plaza estaban alineados contra los edificios, creando escaparates temporales donde usualmente no había ninguno. Los toldos de lona y las casetas se habían instalado parcialmente ayer por personas que Kalen asumió que trabajaban para la ciudad. La lona colgaba de ganchos de hierro en las paredes del edificio, y había postes que encajaban en soportes en el otro lado.

No poseía talento natural para ese tipo de trabajo, pero él y la anciana lograron colocarlo antes de que llegaran los demás ayudantes con un carrito lleno de los productos para el día. Resultó ser una familia de panaderos. Había panes, pasteles empapados en licor y bollos rellenos con diversos ingredientes para vender.

La anciana, Edder, dirigía a todos con autoridad. A veces la escuchaban, y otras, no, pero todo era con buen humor. Para Kalen, estar rodeado de una familia grande tenía un aire de confort. El ritmo de las discusiones y la forma en que todos sabían su lugar y su propósito resultaba familiar.

Cuando terminó de ayudar a descargar su carreta, le entregaron un panecillo marrón relleno de boniato y lo apartaron a un lado mientras debatían sobre si era conveniente o no exhibir de manera prominente un trabajo de practicante en su puesto.

A Kalen no le importaba en absoluto.

Había pasado los últimos dos días tallando meticulosamente un círculo de hechizo en una tabla de madera, pintándolo con su tinta mágica y luego sellándolo. Era la opción más sencilla entre varias para montar Zozobra del Este. Ahora solo le faltaba encontrar un lugar donde colocarlo.

Edder insistía en que exponer la talla de Kalen frente al pan despertaría curiosidad y atraería a las personas. Uno de sus hijos estaba convencido de que eso asustaría a los clientes, temerosos de que algo no natural hubiera sido hecho con la comida.

Finalmente, el hombre ganó la batalla, y a Kalen se le permitió esconder la tabla debajo del puesto.

—Un momento —dijo—. Necesito potenciarlo.

Emocionado, sostuvo la pieza de madera en una mano y colocó sus dedos sobre las tres runas que llamarían la energía del ambiente en el patrón y la mantendrían por más tiempo. Solo era un trabajo de encantamiento, aunque las runas seleccionadas estaban fuertemente relacionadas con el viento y, por lo tanto, deberían funcionar mejor para Kalen.

Pensaba que así sería. Después de todo, debía ser un ancla para un hechizo de nivel mago, pero no era más difícil de potenciar que su círculo de calor en su habitación en casa.

Le llevó un minuto, y entonces, para sus ojos, el diseño tallado empezó a brillar tenuemente en blanco.

Los no practicantes no deberían poder verlo.

Toda la familia observaba con interés mientras apoyaba la tabla debajo de su puesto. Luego sacó una bandera de seda verde, dos veces más grande que un pañuelo, y la colgó del poste del toldo con trozos de cuerda. Se consideró aceptable, ya que en ella no había marcas mágicas. Sin mencionar que, en realidad, sí las había, si se miraba con atención.

Eran simplemente teñidas con un tono de verde tan similar al resto de la bandera, que solo para Kalen resultaba obvio cuáles estaban captando mana en ese momento.

—Gracias —dijo, retrocediendo para ver cómo la bandera temblaba ligeramente con la brisa suave.
—Y gracias por el desayuno.

—¿Qué va a hacer ahora con ella? —preguntó la más joven de la familia de panaderos a su madre. Tenía la misma edad que Illes.

—Voy a buscar un lugar tranquilo para terminar la otra mitad del hechizo —contestó Kalen—. Y si dices cosas frente a la tabla, podré oírlas.

Los ojos de la niña se agrandaron.

—¡Quizá! —intervino Edder—. Es la primera vez que Nerth lo hace. Es parte de su entrenamiento como mago. Deberíamos poner la tabla delante del pan para que el sonido la atrape mejor. ¡Es bueno para el país que haya más practicantes, ya sabes!

Su hijo suspiró.

Kalen tenía la fuerte sospecha de que su tabla sería movida de acá para allá todo el día.

Kalen se apartó del cuadrado, tratando de mantenerse a favor del viento mientras buscaba un buen lugar para terminar el hechizo. Quería sentir bien el viento y no llamar mucho la atención. Era un día increíblemente quieto para una ciudad portuaria. Además, los edificios bloqueaban su vista, reduciendo sus opciones.

Terminó viajando mucho más lejos de lo que había planeado, pero finalmente se acomodó en la azotea plana y conveniente de un taberna. A cambio de comprarle al dueño una copa de su propia bebida, Kalen recibió permiso para “sentarse allí arriba, entre plumas y excretas, mientras pueda soportarlo.”

Aparentemente, al hombre no le agradaba la palomar que su esposa mantenía en el tejado. Kalen no entendía por qué. Era perfectamente cómodo, y el corral lleno de aves no le causaba ningún problema.

Sacó la segunda bandera de su bolsa, le imprimió el signo correspondiente con magia, y la sostuvo por las esquinas, conteniendo la respiración con entusiasmo.

Las banderas eran costosas. No eran estrictamente necesarias para este tipo de hechizo, pero sí resultaban muy útiles. Los Oídos del Este no generaban viento, sino que dependían del que ya circulaba en el entorno de Kalen. Esta bandera estaba vinculada mágicamente con la del mercado. Si existía “una cuerda de brisa conectada” entre ambas, entonces esta bandera debería...

Kalen casi exclamó de emoción cuando la seda verde ondeó hacia la izquierda.

Si hubiera ignorado por completo el viento aquí y permaneciera inmóvil, significaría que el hechizo no funcionaría en ese lugar. Pero esa vibración fue firme y vigorosa, ¡a pesar de que el viento apenas si se movía! La observó durante un momento, notando cómo se desplazaba un poco a un lado y a otro. Mayormente, la brisa conectada provenía del mar, como había previsto, pero si estuviera en un nivel más bajo, en la calle, pensaba que las construcciones podrían haber alterado un poco más su curso.

Satisfecho de tener la dirección correcta, dobló la bandera y la guardó cuidadosamente en su mochila, luego se volvió para enfrentar la brisa. Había perfeccionado el patrón interno la noche anterior. Finalmente. Iba a funcionar.

Iba a lograr que funcionara.

Incorporó la magia constante y estable del continente en sus caminos mágicos. La dirigió a través de ellos, inundándolos, y lentamente empezó a moldearlos en la forma deseada.

“Desarrollos Recientes en Magia de Viento Rápido” era un libro pensado para ofrecer patrones de hechizo más rápidos para los magos que necesitaban que ciertos conjuros funcionaran con mayor... rapidez. Los patrones simplificados diseñados por el Mago Batto tenían la desventaja de requerir más potencia por parte del practicante. Hablaba de la potencia en porcentajes.

Mantener la emisión de los Oídos del Este durante unos minutos debería requerir solo un tercio de la energía almacenada en los caminos de un mago de bajo nivel promedio. El autor hablaba de esto con tono apologético, como si supiera que exigirle a un practicante que usara tanta magia en un solo hechizo era algo poco razonable.

Kalen pensó que debería disculparse también, no solo por la dificultad que le suponía adaptar sus patrones acelerados, sino por lo engorroso que se volvía. Le tomó siglos casi dejar listo ese patrón,

colocándolo en un lugar especialmente denso, cerca, pero no exactamente dentro de su núcleo de viento. Lo revisó dos veces, luego extendió las manos en cucullas frente a él, en dirección a la brisa conectada.

La última parte del hechizo debía realizarse de forma simultánea.

Llenó sus pulmones de aire, conectó la última pieza del patrón y pasó la magia rápidamente por ella, mientras soplaba suavemente sobre sus palmas.

¡Oh!, pensó sorprendido. Se siente bien.

Tan pronto como lanzó el hechizo, el patrón del camino pareció asentarse en él. Las cosas parecieron moverse a su alrededor, y, aún con el soplo, Kalen cerró los ojos e intentó sentir todo lo que ocurría. Era casi como si el patrón se hubiera vuelto más limpio y perfecto por sí mismo, y el caos de otros caminos que intentaban volver a su posición habitual, rodeándolo, le daba un poco más de espacio.

Kalen jamás había experimentado algo similar.

Alivió en gran medida parte de la carga de concentración constante que cada hechizo exigía, y Kalen tenía la sensación de que, si lograba mantener este encanto alimentado con magia durante el tiempo suficiente, sería aún más fácil sujetarlo.

Después de unos segundos sorprendentemente placenteros, voces comenzaron a escucharse. Sonriente y esforzándose por contener un grito de júbilo, dejó de soplar y prestó atención.

“Y le dije... le dije, Emilia, no puedes casarte con un hombre que no se baña antes de ir a la iglesia. Él se queda allí, frente a Yoat, oliendo a cabra, y el hecho de que rime no compensa ese olor.”

Kalen soltó una risita.

“Necesito seis de esos panecillos. Los de carne, ahora. Asegúrate de hacerlo bien.”

El sonido de ovejas. Un estornudo. Una campana.

“¿Crees que el hechizo de ese niño mago está funcionando?”

¡Es así! pensó Kalen. ¡Funciona perfectamente!

Abrió los ojos. Las voces parecían provenir de sus manos formando cuenco. Y contra sus palmas podía sentir un leve remolino de aire, como si alguien lo estuviera agitando suavemente.

Un golpe. Otro estornudo.

“¡Mira! Tienen unos pasteles.”

“Lo atraparon robando las mitades inferiores de las velas.”

“En Laen, dicen que ya están hablando de marcar a los animales, como a ganado.”

“Eso es solo un rumor.”

“El precio de la cebada está por las nubes esta temporada.”

“No te imaginarías cuánto pica.”

“¿Por qué está el cartel afuera del pan otra vez? ¿Mamá? ¡Mamá, sé que puedes oírme!”

“¿Es pan mágico, señor?”

“¿Eh? No. Espera... ¿cuánto pagarías por él si fuera así?”

Kalen escuchaba y escuchaba. El patrón del hechizo que había creado parecía profundizarse en sus caminos a medida que canalizaba más magia hacia él. Las voces se volvían aún más nítidas.

Incluso comenzó a captar ruidos que creía provenían de lugares más lejanos que la zona inmediata del puesto de panadería. Era difícil distinguirlo, pues todos los sonidos a través de los Oídos del Este tenían el mismo volumen. Cosas que seguramente se decían en susurros eran tan claras como los gritos o las conversaciones.

No esperaba eso. No se mencionó en el libro.

Realmente hace que sea aún más un hechizo de espionaje.

Kalen había asumido que escucharía las mismas cosas que si estuviera sentado allí mismo, en el mercado, justo enfrente del cartel. Pero pareciera que los sonidos distantes faltaban, y los cercanos eran mucho más nítidos.

Podía oír el gorgoteo del estómago de alguien, como si su oído estuviera junto a su intestino.

Cuando sintió que su magia empezaba a agotarse, apretó los labios y se concentró, intentando atraer más magia. Había sido capaz de hacerlo aquel día en la cima de la roca incluso mientras lanzaba el hechizo, y en un entorno mucho más tranquilo. Si...sí. Era más trabajo, pero era manejable.

El continente poseía magia. Kalen solo tenía que llamarla hacia él.

Quizás no pueda realizar todos los patrones. Y tal vez me tome varios minutos lanzar un hechizo que a otros les lleva segundos. Pero al menos tengo esto.

Ecchun Batto decía que un mago de bajo rango solo debería poder lanzar Oídos del Este durante unos treinta minutos. Pero, al tirar magia hacia sus caminos y empujarla en el hechizo, Kalen comprendió algo maravilloso.

Podría lanzar este hechizo para siempre.

Podría reponer su energía tan rápidamente como la gasta; nunca tendría que detenerse.

Bueno, eso no es del todo cierto, corrigió después de espiar durante una hora. La magia en la tabla probablemente se está agotando demasiado rápido. Y mis brazos empiezan a estar realmente cansados.

La próxima vez, asegurará tener una mesa donde descansar.

Escuchaba maravillado durante el mayor tiempo posible, asombrándose de sí mismo de una manera que le habría avergonzado si no estuviera tan feliz.

He aprendido mi primer hechizo de viento auténtico. Y es un buen hechizo. Un hechizo de mago. Ahora se siente como si estuviera hecho para mí, pues se ha integrado en mis caminos donde debe estar. Creo que el lugar donde se ha asentado es donde debería construirse la próxima vez.

Ahora se siente tan natural.

Y lo hice por mí mismo. Si puedo aprender este, puedo aprender todos los hechizos de ese libro por mi cuenta.

Creo... tal vez... finalmente sea un practicante de verdad.